

NUM. XXVIII.
CRISTINA DE SUECIA

(1622-1689.)

Á la muerte de Gustavo Adolfo se discutió un momento en Suecia, como en 1619 en Austria y en 1640 en Portugal, y en tantos otros países por la misma época, si convenia declararse independiente del poder real y constituirse en república (1). Esta proposicion fué desechada y se prestó fe y homenaje á la hija del rey; pero no teniendo mas que seis años, ni habiendo en la familia real nadie que se encargase del gobierno, recayó este en unos cuantos señores. La inclinacion antimonárquica hallaba eco en Suecia, donde los ánimos sentian la influencia del parlamento Largo inglés, y mas aun la de la Fronda en Francia. La misma Cristina dijo un dia en el Senado: « Veo que se desea convertir á Suecia en un reino electoral ó en una aristocracia. »

Pero la princesa, no dispuesta á dejar que decayese la autoridad real, quiso ser reina en toda la extension de la palabra. Entregóse con admirable ardor á los negocios apénas tomó la direccion del gobierno en 1644; no faltó á una sola sesion del Senado, asistiendo hasta un dia que estaba con la fiebre y sangrada; se preparó como mejor pudo leyendo documentos de muchas páginas, cuyo contenido hizo suyo, y meditando los puntos controvertidos; por la noche ántes de dormir, y por la mañana al despertarse (2). Sabía plantear una cuestion con grande habilidad sin dejar entrever hácia qué parte propendia, y despues de oír á todos, decia su opinion, que siempre se encontraba bien fundada, adoptándose no pocas veces, lo cual asombraba á los viejos senadores (3). In-

(1) *Vida de Cristina, escrita por ella misma, en* ARCHENHOLZ, *Mem. para servir á la hist. de Cristina*, tomo III, p. 41. « Quisieron persuadirme que en algunas juntas particulares se habia tratado la cuestion de si convendria declararse libres, no teniendo á la cabeza del gobierno sino una niña de quien era fácil deshacerse, y erigirse en república. » Compárese la nota de Archenholz.

(2) *Pablo de Casati al papa Alejandro VII, sobre la reina de Suecia*, ms.

(3) *Mémoires de ce qui s'est passé en Suède, tirés des dépêches à M. Pierre Chanut*, t. II, p. 245 (feb. 1648). « No

fluyó mucho personalmente en la celebracion de la paz de Westfalia, (1648, 24 de octubre), aunque los oficiales del ejército y su embajador sintieron repugnancia al congreso, y muchos en Suecia no aprobaron las concesiones hechas á los Católicos, principalmente respecto de los Estados hereditarios austriacos. Pero Cristina no quiso encomendarse á la fortuna: nunca la Suecia habia tenido tanta gloria y poder; y complacida en tal situacion, deseaba fuese unido á ella su nombre.

En aquellos dias humilló el poder arbitrario de la aristocracia, la cual no podia lisonjearse de realizar en seguida sus sueños de independencia; pues Cristina, á pesar de su juventud, se apresuró á propner por su sucesor á su tío Carlos Gustavo, conde palatino. Decia que este príncipe no habia osado jamas concebir tal designio contra la voluntad del Senado que ni siquiera quiso deliberar sobre ello, y contra la voluntad de los Estados que habian accedido solo por consideracion á ella: sin embargo, la sucesion quedó establecida irrevocablemente (1).

Dotada de tanto ardor por los negocios, es admirable verla entregarse con una especie de pasion á los estudios. En los años infantiles su mayor placer habia sido las lecciones; gusto precoz, que pudo nacer de habitar con su madre, sumida en el dolor de la viudez. Cristina no veia, pues la hora de que la sacasen de aquellos oscuros y lúgubres aposentos. Tenia extraordinaria facilidad para los idiomas, y aprendió muchos sin maestro (2); cosa tanto mas maravillosa cuanto que poseía algunos como el

» es de creer lo poderosa que es en consejo, añadiendo á la » calidad de reina, la gracia, el crédito, los beneficios y la » fuerza de persuadir. »

(1) Reinado de Cristina hasta la abdicacion, en ARCHENHOLZ, III, pág. 162.

(2) « Á catorce años sabia todos los idiomas, todas las » ciencias, todos los ejercicios de que querian instruirme; pero » despues he aprendido muchas mas sin maestro, no habiéndome » dolo tenido para aprender el alemán, el francés, el italiano » y el español. »

suyo natal. Á medida que crecia, se aficionaba mas á los goces literarios. Era el tiempo en que la literatura salia insensiblemente del círculo de las discusiones teológicas, y sobre los dos partidos se elevaban reputaciones estimadas generalmente. Deseaba tener á su lado á los mas célebres talentos y aprovecharse de sus instrucciones. Vinieron en primer lugar filósofos é historiadores alemanes, como Freinshem, á instancias del cual perdonó la mayor parte de las contribuciones de guerra á Ulma, patria del filósofo (1); despues sabios holandeses, é Isaac Vosio que puso en moda el estudio del griego. En breve adquirió gran práctica en la literatura de los antiguos, cuyas obras eran mas difíciles é importantes, y conoció á los Padres de la Iglesia. En 1650 se presentó Dalmacio, á quien la reina habia mandado á decir que si él no venia, la obligaria á ir á ella, y habitó en palacio un año. Resolvióse luego Descártes, el cual todas las mañanas, á las cinco, era admitido en su biblioteca, y se pretende que, con grande admiracion del filósofo, supo deducir de Platon su sistema. Lo que si es cierto es que en las conferencias con este filósofo y en el Senado, mostró la memoria mas feliz, unida á una concepcion pronta y á gran penetracion. « Su talento es verdaderamente extraordinario (exclama Naudé), ha visto todo, leído todo, sabe todo (2). »

¡Asombrosa creacion de la naturaleza! Jóven, no conoce la vanidad ni trata de ocultar que tiene un hombre mas alto que otro; oye elogiar su hermosísima cabellera y no la dedica ni aun los cuidados ordinarios; las pequeñas preocupaciones de la vida no caben en ella; jamas tuvo pasion á los festines; jamas volvió la cara á ningun plato; bebia agua. Fué para ella misterio inexplicable su organizacion femenil: agradábase oír decir que al nacer la tomaron por varon; que en sus primeros años, léjos de asustarse con el estruendo de los cañones, aplaudia como verdadera hija de soldado. Montaba atrevidamente, iba á galope con un solo pié en el estribo; en la caza derribaba al jabalí del primer golpe. Estudiaba á Tácito y á Platon, comprendiéndolos á veces mejor que los filósofos consumados. Tenia alta idea de la importancia que le daba su nacimiento y de la necesidad de no dejarse usurpar la autoridad; no consentia que un embajador se pusiera en relacion directa con sus ministros, ni que un súbdito suyo llevase condecoracion extranjera, que « uno de su grey se dejase marcar » por otra mano, » sabia tomar una actitud, ante la cual enmudecian los generales que

(1) Arenga panegirica de Freinshemio á Cristina, 1647, en ARCHENHOLZ, II, apéndice 2º, p. 104.

(2) Naudé á Gasendi, 19 de octubre de 1632: « Puedo decir » de la reina, sin adulacion, que desempeñaba mejor su parte » en las frecuentes conferencias con Bochart, Bourdelot, Du Fresnoie y conmigo que ningun otro de la compañía. Y si » os dijese que su talento es extraordinario, no mentiria, » pues ha visto todo, ha leído todo, y sabe todo. »

habian hecho temblar la Alemania, y si hubiese estallado una nueva guerra, sin duda se pusiera al frente de sus tropas.

Tales sentimientos, disposicion tan decisiva á dominar, le hacia insufrible la idea de casarse, de dar á un hombre derechos sobre su persona; y se consideraba dispensada para con su país de la obligacion de elegir marido, puesto que habia establecido el órden de sucesion. Despues de coronada declaró que preferia la muerte á un esposo (1).

¿Podia durar mucho tiempo semejante situacion? ¿No habia en ella algo de extraordinario, de forzado, sin la calma de una existencia natural y contenta de sí misma? La pasion á los negocios no impulsaba á Cristina á aplicarse ellos con ardor; impulsábala, sí, la ambicion, el orgullo de su clase. No ama á su patria, las fiestas, las costumbres ni la constitucion religiosa ó política; detesta las ceremonias oficiales, los largos discursos que está obligada á oír y las funciones en que es necesaria su presencia; desprecia el círculo de cultura intelectual en que viven sus compatriotas; si no hubiera poseído el trono desde la infancia, le pareciera, quizá, la meta suprema de sus deseos; las facultades instintivas de su alma, aquellas que forman el destino del hombre, tomaron una direccion que la desvió constantemente de su país. El amor á lo extraordinario domina toda su vida, le hace descuidar los miramientos que le impone el decoro, le impide oponer á sus instantáneas impresiones la superioridad de una alma serena y señora de sí misma; posee sentimientos elevados, es valiente, está llena de ímpetu y energía, pero á la par es extravagante, violenta, se esfuerza en no parecer mujer, no quiere mostrarse amable ni respetuosa, no digo con su madre, pero ni con la memoria de su padre, á la que no sacrificaría un dicho mordaz; á veces parece no saber lo que se dice (2). Al fin y al cabo semejante conducta no puede ménos de producir una reaccion que destruya todo contento de sí mismo, toda felicidad.

Esta inquietud, esta agitacion de espíritu toman con frecuencia un rumbo religioso, y así sucedió á Cristina. Detiénese con gusto en sus Memorias á hablar del doctor Juan Mathías, su maestro, alma sencilla, pura y dulce, que la prendó desde los primeros años, y fué su mejor confidente hasta en los mas insignificantes negocios de la vida (3). Como ninguna de las Iglesias subsistentes propendia ya á derribar á la otra, despertóse en algunos individuos el deseo de unir las, y tal era el que animaba á Mathías, que publicó un libro sobre la union de las dos

(1) « Ciertamente me hubiera casado, si no hubiese sentido » en mí suficiente fuerza para vivir sin los placeres del » amor; » esto lo dice en su vida, y se la debe creer, tanto mas cuanto que es una especie de confesion.

(2) No puede inferirse otra cosa de la conversacion con su madre. CHANUT, III, 365, mayo de 1654.

(3) « Muy capaz de instruir bien á una niña, cual yo era, » con una honradez, una discrecion, una dulzura que le hacian » amar y esjimar. »

Iglesias protestantes. Agradó entonces á la reina esta idea, y pensó fundar una academia teológica que se ocupase en conciliar las dos confesiones. Pero el fanatismo indómito de los luteranos se opuso á ello; un superintendente de Calmar respondió con violencia; hasta los Estados hablaron de aquel libro; los obispos recordaron al consejo del reino la obligación que tenía de velar por la religión del país; el gran canciller se dirigió á la reina, y tales advertencias le hizo que le arrancó lágrimas (1).

Cristina pudo muy bien haber reflexionado que no movía á los luteranos un celo enteramente puro; figurándose que querían engañarla dándole una falsa idea de Dios, con el único objeto de conducirla á un fin premeditado. La manera de representarle á Dios no le parecía digna de la divinidad que el hombre adora (2). Los discursos prolijos que la habían fastidiado siempre y que tenía que oír ahora por exigirlo así la constitución de su reino, se le hicieron insoportables. Mostraba á menudo su impaciencia moviéndose en el asiento y jugando con la perrita sin que por esto se pusiese término á tales discursos. La llegada de entendidos extranjeros la fortificó en las disposiciones que en sí sentía, y que interiormente la alejaban de la religión de su país. Algunos eran Católicos, otros, como Vosio, incrédulos; Bourdelot, mas favorecido de Cristiana porque la había curado una enfermedad peligrosa, se reía de todo y pasaba por materialista.

La princesa cayó poco á poco en insolubles dudas; parecía que toda religión positiva era una invención de los hombres, que todo argumento valía lo mismo para una que para otra, y que era indiferente profesar esta ó aquella creencia. Sin embargo, no llegó hasta la verdadera irreligión, porque poseía algunas creencias indestructibles. En la vida aislada que llevaba no hubiera podido prescindir de Dios; mirábase por el contrario mas próxima á él, y decía: « Sabes, Dios mio, cuántas veces te supliqué en una lengua desconocida á los entendidos mientos vulgares, aclarar mis tinieblas, y cuántas hice voto de escucharte, aunque debiese sacrificar mi vida y felicidad. » Y comparando estos ímpetus de su corazón con otras ideas: « Renuncié (añade) á otro amor cualquiera, y me dediqué á este. »

Pero ¿dejaría Dios á los hombres sin una religión verdadera? Una máxima de Cicerón, por la que se establece que la unidad es un carácter necesario de la verdadera religión, causa en ella grande efecto (3). Todo consistía en saber cuál era la verdadera.

(1) Carta á Apel Oxenstiern, 2 de mayo de 1647, en ARCHENHOLZ, IV apénd. n.º 21, ó particularmente del conde Brahe, id. IV, pág. 229. El libro de Mathias se titula *Idea boni ordinis in ecclesia Christi*.

(2) « Yo creí que los hombres hablaban según su capricho, y querían engañarme y meterme miedo para dirigirme á medida de su deseo. » Así dice Cristina en una nota comunicada por Caldenblad, en ARCHENHOLZ, III.

(3) PALLAVICINI, *Vida de Alejandro VII*.

Tenía nueve años cuando la explicaban por la primera vez las dogmas de la Iglesia Católica, enseñándole, entre otras cosas, que en esta Iglesia se miraba como meritorio el celibato. « ¡Ah! (exclamó) ¡Qué hermoso! Quiero abrazar esta religión. » Como se la reprendiese por ello, perseveró obstinadamente: « Cuando uno es Católico (decía) tiene el consuelo de creer lo que tantas nobles inteligencias han creído por tantos siglos; posee la gloria de pertenecer á una religión confirmada por millones de milagros y martirios, una religión que produjo tantas admiradas vírgenes, las cuales triunfando de las flaquezas de su sexo, se consagraron á Dios. »

La constitución de Suecia descansa en el protestantismo, que constituye su poder y posición política; así, pues, estando impuesto á Cristina, como una necesidad, decidió sacudir tal yugo, y se separó de él espontáneamente, dirigiéndose hacia la religión católica, que solo conocía imperfectamente. Lo que sobre todo le parecía admirable y propio de la bondad de Dios, era la infalibilidad del Papa. Cada día se entregaba mas resuelta á esta creencia, como si satisficiera así la necesidad de abandono natural á las mujeres. La fe hacía en su corazón lo que el amor en otro; amor tal vez inadvertido, amor condenado por el mundo y que quiere permanecer oculto; amor en que se complacía un corazón de mujer y por el cual estaba decidida á cualquier sacrificio.

Cristina, para acercarse á la corte de Roma, empleó astucias misteriosas, y urdió una especie de intriga para hacerse católica. El primero á quien comunicó sus disposiciones fué el jesuita Antonio Macedo, confesor del embajador portugués Pinto Peréira, el cual, no conociendo otro idioma, se servía de él como intérprete. La reina se complacía hablando con el intérprete sobre controversias religiosas, en las audiencias que daba al embajador, mientras que este creía trataban de negocios de Estado, y de este modo confiaba su mas íntimo secreto en presencia de una persona que nada comprendía.

De improviso Macedo desaparece de Estocolmo; la reina aparenta buscarle cuando ella misma le había enviado á Roma para comunicar directamente su intención al general de los Jesuitas y pedirle le enviase algunos individuos de su orden. Llegaron estos á Estocolmo en febrero de 1652, y haciéndose presentar como nobles italianos que iban de viaje, fueron convidados á comer con la reina. Cristina adivinó inmediatamente quiénes eran, y en el comedor dijo en voz baja á uno de ellos: « ¿Tenéis cartas para mí? » El jesuita respondió que sí sin mostrarlas; ella le intimó que no dijese palabra, y despues de comer envió á un camarero de su confianza por las cartas, mandando venir á los Jesuitas á su palacio al día siguiente con el mayor secreto. En el palacio Adolfo se reunieron de esta manera los enviados de Roma

con la hija del mas fervoroso defensor del protestantismo, para tratar de su conversión á la religión católica.

Los buenos de los Jesuitas se proponían al principio seguir el orden del catecismo; pero pronto conocieron que este método no podía practicarse con Cristina, la cual hacía preguntas de muy distinto género. ¿Hay diferencia entre el bien y el mal, ó todo depende solo de la utilidad ó del daño que resulta de las obras? ¿Cómo destruir las dudas que nacen contra la existencia de Dios? ¿El alma del hombre es verdaderamente inmortal? ¿No es mas prudente seguir en lo exterior la religión del país, y vivir según los cánones de la razón humana? Los Jesuitas no refieren las respuestas dadas; creen, sin embargo, que en los diálogos que tuvieron con la reina, recibieron inspiraciones que no habían sentido hasta allí y que despues olvidaron, y dicen que el Espíritu Santo influyó en el corazón de Cristina. Las verdades que la reina, como hemos notado, tenía una inclinación decidida al Catolicismo que completaba todas las pruebas y determinaba la obra de la convicción. El discurso giró á menudo sobre el principio de que el mundo no puede existir sin la verdadera religión; al que iba unido el de que entre todas las religiones existentes la católica es la mas racional. « Nuestro principal objeto (decían los Jesuitas) era mostrar que los dogmas de nuestra santa creencia son superiores pero no contrarios á la razón. » La dificultad mayor era la concerniente á la invocación de los Santos al culto de las imágenes y de las reliquias; « pero S. M. comprendió con un talento penetrante toda la fuerza de las pruebas que adujimos, sin lo cual hubiéramos necesitado demasiado tiempo. » Cristina les habló tambien de los obstáculos que hallaría para efectuar su conversión, en caso de decidirse; tal vez parecieron insuperables, y un día viendo volver á los Jesuitas, les declaró que podían marcharse, que su conversión no se verificaría y que le sería muy difícil llegar á ser Católica de corazón. Los buenos padres se quedaron atónitos, y emplearon todos sus esfuerzos para mantenerla en sus resoluciones representándole á Dios y la eternidad, y protestando que sus dudas debían ser tentaciones del espíritu de las tinieblas. Lo que caracteriza sobre todo á Cristina, es que en aquel momento estaba mas determinada que nunca á cambiar de religión. « ¿Qué diríais, exclamó, si estuviese mas próxima á ser Católica de lo que pensáis? » — « Imposible es describir el sentimiento que experimentamos (dice el jesuita, cuya relación seguimos); creímos volver de la muerte á la vida. » La reina preguntó si el Papa no podría permitirle comulgar una vez al año según el rito luterano, y habiéndole ellos contestado que no, dijo: « No hay, pues, remedio; es preciso abdicar la corona. »

Á esto se dirigían cada vez mas sus pensamientos. Los negocios del país no marchaban

siempre según ella deseaba. Para contrabalancear á la poderosa aristocracia estrechamente unida, formó un partido, que puede considerarse extranjero, pues se componía de los personajes de cada país de que se había rodeado, del sucesor que había destinado á Suecia y del conde Magno de la Gardie, su confidente, al que la antigua nobleza sueca no podía reconocer por noble. Su desmedida liberalidad había agotado el tesoro público, y llegó el momento en que todas las rentas se habían consumido. En octubre de 1651 había anunciado ya á los Estados su intención de abdicar la corona, precisamente cuando acababa de enviar á Macedo á Roma; pero desistió del proyecto, por haberle manifestado el canciller del reino que la situación de la hacienda se mejoraría, á fin de que el lustre de la corona se conservase intacto. Cristina conoció que su idea no parecería tan heroica como imaginaban, y cuando el príncipe Federico de Hesse quiso abdicar, ella le disuadió, no por motivos religiosos, sino recordándole que el que cambia de religión es odiado de los que abandona y despreciado de aquellos cuya fe abraza. Pero insensiblemente estas consideraciones fueron perdiendo en ella su fuerza. En vano trataba de crearse un partido en el consejo del reino, que aumentó de veintiocho á treinta y nueve individuos: la autoridad de Oxenstiern, que se había debilitado por algun tiempo, volvió á cobrar incremento, merced á una poderosa parentela y á un talento en cierto modo hereditario en su familia: la reina quedó vencida en importantes cuestiones, como la del arreglo con Brandeburgo: el conde Magno de la Gardie decayó de su favor; y el dinero empezó á escasear, no bastando muchas veces á sufragar los gastos diarios del palacio. ¿No valía mas reservarse una renta anual, y vivir en país extranjero, según su gusto y de acuerdo con los sentimientos de su corazón, sin sufrir tantas contradicciones por parte de fanáticos predicadores que no veían en sus acciones sino una curiosidad extravagante, una apostasía de la religión y de las costumbres del país? Disgustada de los negocios, se sentía infeliz siempre que sus secretarios iban á despachar con ella, y solo encontraba placer en la conversacion de Don Antonio Pimentel, embajador español, el cual entraba en todas sus reuniones y asistía á las juntas de la orden de los *Amarantos*, fundada por Cristina, cuyos individuos se obligaban á una especie de celibato. Pimentel conocía sus ideas de conversión, y las participó al rey de España, el cual prometió recibir en sus Estados á la princesa, y ser su patrono cerca del Papa. Los Jesuitas habían vuelto á Roma para hacer algunos preparativos referentes al cambio de religión.

No hubo ya motivo alguno que la impidiese abdicar. Su carta al embajador frances Chanut demuestra las pocas esperanzas que tenía de que se aprobase su conducta; pero al mismo tiempo afirma no importársele nada de ello, y

añade que será feliz, fuerte con la tranquilidad de su conciencia, sin temor ante Dios y los hombres, y que verá serena, desde el puerto, las tempestades de los que arrastra el torbellino de la vida. Su único pensamiento fué asegurarse la renta de modo que no le pudiese ser quitada en lo sucesivo.

La ceremonia de la abdicacion se verificó el 24 de junio de 1654, y á pesar del descontento que excitó generalmente, todos, grandes y pequeños, se conmovieron al presenciar la renuncia del último vástago de los Wasas al trono de su país. El anciano conde Brahe se negó á recoger la corona que, tres años ántes, le habia puesto en la cabeza; miraba como insoluble el lazo entre el príncipe y los súbditos, é ilegítima aquella renuncia; de modo que la reina tuvo que quitarse por sí la diadema, y únicamente de sus manos consintió el conde en recibirla. Despojada de las insignias reales, con un sencillo traje blanco, se despidió Cristina de sus Estados; presentóse por último el presidente de la cámara de los campesinos, el cual, postrándose ante la reina sin corona, le estrechó respetuosamente la mano y se la besó varias veces; los ojos se le arrasaron de lágrimas, y enjugándose las, se levantó sin poder decir una palabra y volvió á su puesto.

Los pensamientos y deseos de Cristina se dirigian á comarcas lejanas, y así no quiso permanecer ni un momento en un país donde habia renunciado en favor de otro el poder soberano; ya habia enviado los objetos de mas valor, y luego, mientras se disponia la escuadra que la condujo á Wismar, Cristina, disfrazada y con unos cuantos servidores fieles, aprovechó la primera proporcion para sustraerse á la vigilancia de sus antiguos súbditos y marcharse á Hamburgo.

Aquí empieza su viaje al traves de Europa. En Brusélas secretamente, y públicamente en Inspruck, abrazó el Catolicismo; invitada á recibir la bendicion del Papa, corrió á Italia, y cumpliendo la peregrinacion á Loreto, ofreció á la Virgen la corona y el cetro. Los embajadores venecianos se admiraron de los preparativos que se hacian en todas las ciudades de Romania para acogerla con magnificencia; el Papa Alejandro, satisfecho con que tan ruidosa conversion hubiese acontecido en su pontificado, agotó la caja apostólica para solemnizarla, y Cristina entró en Roma mas bien con el aparato del triunfo que con la humildad de penitente.

Los primeros años continuó sus viajes por Alemania, Francia, donde estuvo dos veces, y aun Suecia. No renunció del todo á la política como se habia propuesto, y mostró bastante empeño por alcanzar la corona de Polonia, donde hubiera podido permanecer Católica; se sospechó que queria intentar un ataque contra Nápoles en favor de Francia; la necesidad de velar por su pension, irregularmente pagada y no muy segura, no la dejaba vivir en com-

pleta tranquilidad. Sin corona, y pretendiendo aun entera independenciam y privilegios de testa coronada, especialmente como ella los entendia, las consecuencias fueron graves. ¿Cómo excusar la condenacion á muerte pronunciada en Fontainebleau contra Monaldeschi, individuo de su casa, á quien hizo matar por sus acusadores y enemigos personales? Solo le concedió una hora para disponerse á morir, y miró como delito de lesa majestad la infidelidad con que dicen la ofendió este desgraciado. Estimó impropio de su dignidad someterle á la justicia de un tribunal superior, exclamando: « No tener superior vale mas que reinar en la tierra. » Despreciaba la opinion pública, y despues de un suplicio que habia excitado la indignacion general, sobre todo en Roma, donde se conocian mas que en ninguna otra parte las discordias entre sus servidores, volvió á esta última ciudad. Por lo demas, ¿dónde vivir mejor que en Roma? Hubiera estado en rivalidad permanente con cualquier poder temporal que ostentase las mismas pretensiones. Tuvo violentas disputas con los papas, hasta con Alejandro VII, cuyo nombre habia adoptado al convertirse.

Pero poco á poco su indole se mitigó; su situacion fué tranquilizándose; consiguió dominarse, y se sujetó á los usos y las leyes del país donde habitaba; además de que los pontífices concedian ancho campo á sus privilegios aristocráticos y á su independenciam personal.

Tomó cada dia mayor parte en el esplendor, en las ocupaciones, en la vida de la corte; adquirió un palacio, é insensiblemente llegó á ser íntimo individuo de la sociedad de los pontífices. Aumentó á tanta costa y con tal gusto las colecciones monetarias y arqueológicas traídas de Suecia, que sobrepujó á las familias romanas y supo hacer que este género, cesando de ser simple curiosidad, fuese importante y fecundo para la erudicion y para el arte. Personas doctas como Spanheim y Havercamp encontraron sus monedas y medallas dignas de estudiarse: Sante Bartolo consagró su habilidad á reproducir sus piedras grabadas: los Correggio de su coleccion constituyeron siempre el mejor adorno en las galerías donde se les colocó; sus manuscritos contribuyeron no poco á conservar la celebridad de la biblioteca del Vaticano, á que se incorporaron mas adelante. Este uso de la riqueza llena la vida de una satisfaccion exenta de amarguras. Tomó tambien interes en los trabajos científicos: merece gratitud por la proteccion concedida al pobre Bonelli, que, desterrado y viejo, tuvo que dedicarse de nuevo á dar lecciones, y cuya famosa obra hizo Cristina imprimir á su costa.

No creo pueda sostenerse que Cristina, en la madurez de su ingenio, ejerció un poderoso y duradero influjo, particularmente en la literatura italiana. Nadie ignora el estilo sobrecargado de figuras, pretencioso, insignificante, que caracterizaba la poesia y la elocuencia italiana. Cristina tuvo bastante gusto y talento

para no dejarse arrastrar por la corriente, y en 1680 fundó en su casa una academia, dedicada á ejercicios políticos y literarios, cuyo artículo mas notable era la obligacion de abstenerse de la locucion moderna, hinchada y metafórica, no siguiendo sino la dura razon y los modales del siglo de Augusto y de los Médicis (1). Sorprende leer, en la biblioteca Albani en Roma, los trabajos de dicha academia, ejecutados por abates italianos y corregidos por una reina del Norte. De allí salieron hombres, tales como Alejandro Guidi, ántes sostenedor de la moda de las metáforas ampulosas, y que luego renunció á ella conviniéndose con algunos amigos para destruirla, si era posible. La Arcadia, á la que se atribuye el mérito de haber completado esta obra, se formó en la sociedad de Cristina.

Es innegable que conservó una noble independenciam de espíritu en medio de las diversas impresiones que influían en ella. No estaba dispuesta, como acontece á los nuevos convertidos, á exagerar la piedad y ostentarla; aunque sincera Católica, aunque protestaba que se hallaba convencida de la infalibilidad del Papa y de la necesidad de creer cuanto manda la Iglesia, aborrecia á los fanáticos; no se privaba de las alegrías del carnaval, de los conciertos, de las comedias, de cuanto podia ofrecer la vida de Roma; buscaba sobre todo el movimiento íntimo de una sociedad ingeniosa y activa;

(1) Constitucion de la academia real, en ARCKENHOLZ, IV pág. 28. Otro artículo prohíbe todo panegirico á la reina. En el tomo IV de la *Vida de Urbano VIII*, por Nicoletti, hay una descripcion de esta academia, de la que resulta que Ángel de la Noce, José Suárez, Juan Francisco Albano, despues papa, Estéban Gradi, Octavio Falconieri y Estéban Pignatelli eran sus mas insignes individuos.

amaba la sátira y á Pasquin. Se la encuentra envuelta siempre en las intrigas de la corte, en las disensiones de la familia papal, en las facciones de los cardenales; formó parte de la faccion del *escuadron volante*, cuyo jefe Azzolini era su amigo, y persona reputada como de las de mas talento de la corte romana, pero que ella calificaba de divino é incomparable, añadiendo que era el único á quien creía superior al anciano canceller Oxenstiern; á este amigo quiso levantar un monumento en sus Memorias. Lástima que no se haya publicado mas que una parte de ellas; pero esta parte descubre una severidad, una veracidad consigo misma, un entendimiento libre y sólido, que impone silencio á la calumnia. No son ménos notables sus *Sentimientos y dichos memorables*, que conservamos como obra de sus ocios. En medio de observaciones tan agudas, de un conocimiento tan perfecto del desorden de las pasiones humanas y del mundo, se ve siempre en ella una decidida inclinacion hácia lo que es esencial en la vida, un vivo convencimiento del sublime destino del hombre y de la nobleza de su espíritu, una estimacion exacta de las cosas humanas, ni demasiado débil ni demasiado exagerada, y sentimientos que solo buscan la satisfaccion de Dios y de sí misma. El movimiento de las inteligencias que creció á fines del siglo XVII, comenzando una era nueva, se verificó tambien en esta princesa; y por eso le fueron, sino absolutamente necesarias, muy favorables, la mansion en uno de los centros de la civilizacion europea, y el sosiego de la vida privada; y apasionada por aquella ocupadísima oficina de la actividad intelectual, no creía poder vivir sin respirar el aire de Roma.